



## NICOLAS MARIA URGOITI, BIOGRAFIA DE UN EMPRESARIO

Mercedes Cabrera

**N**ICOLAS María Urgoiti y Achúcarro fue, sin lugar a dudas, uno de los empresarios españoles más relevantes del primer tercio de este siglo. A los españoles de hoy, para quienes seguramente su nombre carece de significado, les sorprendería el protagonismo que alcanzó en los años diez y veinte. Un protagonismo, eso sí, preñado de conflictividad.

Urgoiti nació el 27 de octubre de 1869 en Madrid, aunque, como él mismo confesó, sus ojos se abrieron en San Sebastián y, pese a que la mayor parte de su vida transcurrió en Madrid, fue y se consideró a sí mismo vasco. Murió en la misma ciudad en la que había nacido, en octubre de 1951, pero desde veinte años antes había desaparecido de la escena pública. Una fuerte depresión obligó a su familia a trasladarle a un hospital en Suiza, en 1932, y no volvió a Madrid hasta 1939, una vez finalizada la guerra civil y comenzada la segunda guerra mundial. Los últimos doce años de su vida, en el inhóspito Madrid franquista, los dedicó muy especialmente a poner orden en sus recuerdos y en sus papeles. Aquel hombre, fundador de La Papelera Española, de los periódicos *El Sol* y *La Voz*, de la editorial Calpe, de los laboratorios Ibys, amigo y tertulio respetado de los más importantes intelectuales de la época,

muy especialmente de Ortega y Gasset, conocido y también respetado por muchos políticos de la Monarquía —Antonio Maura, el conde de Romanones, Santiago Alba, Francisco Cambó...—, incluso por el propio Alfonso XIII, interlocutor de todos ellos en algunos momentos, candidato frustrado a ministro en 1919 y a diputado en 1931..., aquel hombre sobre el que tanta tinta se vertió, vivió sus últimos años ignorado (1).

Resulta difícil para quien, como yo, ha dedicado largo tiempo a leer la enorme cantidad de papeles reunidos en su archivo desprenderse de la fuerza que transmiten, de la voluntad que manifiestan y de la inmensa frustración que reflejan; resulta difícil, en resumen, prescindir de la personalidad de Urgoiti y tratar de presentar, fría y objetivamente, su biografía.

La multiplicidad activa y fundacional de Urgoiti a lo largo de cuarenta años es explicable dentro de una lógica empresarial que desembocó en un compromiso personal con un proyecto de modernización económica, cultural y política para España. Un proyecto perfectamente coherente en su cabeza que, sin embargo, se tradujo en un cúmulo de tensiones y conflictos finalmente irresolubles y en una dramática frustración personal.



Posiblemente ese compromiso derivó del hecho de que se dedicara a la fabricación de papel abandonando su inicial interés por los saltos de agua, como alguna vez comentó irónicamente.

Urgoiti era Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos. Terminó su carrera en 1892 y poco más tarde, en 1894, obtuvo el puesto de ingeniero jefe en una fábrica de papel, La Papelera del Cadagua. Allá se trasladó a vivir con su familia. Estaba ya casado y había tenido el primero de sus hijos. Y allá, en el valle del Cadagua que tanto le recordó la primera vez al valle de Loyola, y que pronto iba a tener que abandonar, se puso rápidamente al día sobre los problemas de la industria papelera, industria que desconocía absolutamente con anterioridad.

La industria papelera había alcanzado un importante desarrollo desde los años setenta y ochenta del siglo pasado; en el País Vasco, muy especialmente en Guipúzcoa, se multiplicaron las fábricas que habían incorporado máquinas continuas, movidas la mayoría por energía hidráulica, y que contaban con la ventaja de las comunicaciones marítimas con el Báltico, de donde procedían las pastas de madera con las que trabajaban. Estas fábricas modernas convivían con una multitud de pequeñas fábricas, incluso talleres artesanales en los que se producía el papel a mano, en tinas, a partir de una gran variedad de materias primas. A finales de siglo, la producción de papel, sobre todo de papel continuo corriente, parecía haber desbordado la capacidad de absorción de un mercado interior cuyo crecimiento se había sobrevalorado. Las fábricas más grandes competían difícilmente con las más pequeñas, capaces de adaptarse con mayor flexibilidad a una demanda que exigía variedades muy diversas de papeles en pequeñas cantidades, y que controlaban además viajantes, comisionistas y almacenistas que aprovechaban la necesidad de colocar la producción en beneficio propio. La obsesión de los fabricantes de «acaparar pedidos ante el temor de no dar abasto al trabajo de las máquinas establecidas» condujo a lo que ellos mismos llamaban una «lucha desordenada», que hundía los precios mientras subían los de las materias primas extranjeras de las que dependían.

Los intentos de llegar a una «inteligencia» para frenar la competencia fracasaron porque no todas las fábricas atravesaban por las mismas dificultades. La Papelera del Cadagua era una de las afectadas, y Urgoiti fue uno de los que con mayor

empeño protagonizó aquellos primeros intentos, frustrados, de «inteligencia». Si éstos fracasaron, lo que sí salió adelante fue otro proyecto que sigilosa y atentamente esbozó Urgoiti: la fusión de algunas de las fábricas más grandes. Con aquella fusión, Urgoiti pretendía especializar a las distintas fábricas en la producción de determinados tipos de papel, abaratar la compra de materias primas, afrontar la producción de pastas —incluso llegar a conseguir que se repoblaran de árboles adecuados extensas zonas del país— y organizar la comercialización mediante el establecimiento de almacenes propios. A la fusión horizontal debería acompañarle la integración vertical de todo el proceso de producción del papel. La finalidad perseguida, al menos Urgoiti lo repitió incansablemente, era dividir el trabajo, racionalizar y, finalmente, nacionalizar la industria: «abaratar los precios de venta y quedar definitivamente a cubierto de cualquier eventualidad del mercado español y extranjero» (2).

Así nació, el 25 de diciembre de 1901, La Papelera Española. No fue una historia feliz en sus comienzos: «En cuanto a La Papelera —escribió Urgoiti en 1905— la concebí con entusiasmo, creí con toda ilusión en el porvenir y desgraciadamente pronto me convencí de que mis cálculos habían fallado por donde menos me imaginaba. Porque el consumo de papel en España era más reducido de lo que todos creíamos. ¡Cuánta amargura me ha originado este negocio en tres años! Lo más amargo es el convencimiento cada vez más profundo de lo pequeño del mercado consumidor...».

El propio Urgoiti era consciente de que no era tan simple el problema. Para él estaba claro que la modernización de la industria papelera exigía el proceso de concentración, especialización y racionalización; los ejemplos de la industria extranjera, que tan bien llegó a conocer gracias a sus repetidos viajes por distintos países europeos y americanos, se lo confirmaban. Urgoiti conoció, y siguió atentamente a lo largo de su vida, las transformaciones que estaban teniendo lugar en las estructuras empresariales de los países capitalistas más desarrollados, así como las teorías sobre la organización científica del trabajo.

Sin embargo, su aplicación al caso español, y más en concreto a la industria papelera, tenía obstáculos importantes. Más allá del descubrimiento de que las fábricas fusionadas eran más obsoletas de lo que había imaginado, y de que la



inmovilización de capital que produjo la operación de fusión y las primeras obras iba a conducir a graves problemas de liquidez, la cuestión central era que la industria papelera dependía de las materias primas extranjeras y de la protección arancelaria. En la cabeza de Urgoiti, esa protección debía ser sólo temporal, mientras se llevaba a cabo la transformación necesaria, y se justificaba por la protección de que disfrutaban otros sectores, con el consiguiente encarecimiento de la producción de la industria papelera.

Esta situación protegida contribuyó decisivamente a fomentar las acusaciones de incompetencia y de mantenimiento artificioso de una situación calificada por muchos de monopolio (3), acusaciones que le lanzaron desde un principio tanto la prensa económica y diaria como el resto de las fábricas paperas, y que se repitieron de manera recurrente.

Las dificultades iniciales sólo se salvaron gracias al apoyo personal y a la ayuda financiera que Urgoiti encontró en el Marqués de Urquijo, cuya banca le abrió dos cuentas de crédito, y gracias a la tenacidad y a la voluntad férrea que aquél mostró en la prosecución de los objetivos. Urgoiti mantuvo su primera polémica pública en torno a la cuestión arancelaria en 1906. La prensa diaria —fundamentalmente *El Imparcial*, uno de los periódicos que ese mismo año iba a entrar a formar parte del llamado *trust* de la prensa—, arremetió frenéticamente contra La Papelera, calificándola de «fracaso mercantil para sus accionistas» y de «fracaso intelectual para la nación».

Urgoiti se sintió obligado a responder. En su réplica, no solamente puso de manifiesto lo que consideraba ya importantes logros de la industria papelera, sino que se permitió criticar a la prensa política española: «si entre los tres grandes rotativos del *trust* se comprometen a consumirnos la mitad del papel que consume uno de los periódicos de París... La Papelera Española se compromete solemnemente a darles el papel al mismo precio que pague dicho periódico con un 2 por 100 de rebaja» (4). Fue sólo el primero de una larga serie de enfrentamientos.

Urgoiti había tropezado con la prensa, y la prensa, identificada con la *vieja política* —dicho en términos orteguianos—, se convirtió, en su opinión, en uno de los más graves obstáculos, no ya para el crecimiento de la industria papelera, sino de la industria española en general. No se

trataba sólo de que su reducida tirada y su mala gestión impidieran el desarrollo de una creciente demanda de papel, sino que eso mismo era reflejo —y causa— del atraso cultural del país.

Tampoco dejaba Urgoiti de mostrar sus reticencias frente a la actitud y falta de responsabilidad de quienes ostentaban el poder económico. «En nuestra España —anotaba en 1912—, nada más necesario que una prensa verídica..., una prensa de hombres independientes, sanos de espíritu y sin prejuicios religiosos, ni doctrinarismos políticos. Para esto hace falta acumular dinero, pues la pobreza de espíritu de los adinerados españoles no les permite realizar ese programa aunque comprenden su importancia». Tres años más tarde, en 1915, pero ya públicamente, pronunció un sonado discurso en el Ateneo de Madrid sobre «la prensa diaria en su aspecto económico». Urgoiti descalificó allí a la prensa del momento, tanto por su mezquino partidismo político, su falta de calidad e interés informativo, como por su incapacidad de convertirse en negocio.

Para entonces, La Papelera Española se había consolidado. Urgoiti había optado por cerrar las fábricas improductivas y especializar las demás; se había completado la red de almacenes y producía cantidades cada vez mayores de pastas; se había proyectado y construido finalmente la fábrica-modelo en Rentería. La producción había pasado de 20.000 a 30.000 Tm; el precio de venta había disminuido y aún más lo había hecho el precio medio de coste. A partir de 1910 se había comenzado a repartir nuevamente dividendos. Pero subsistía el problema de la estrechez del mercado; al amparo de los altos precios de los primeros años, se habían abierto nuevas fábricas, y Urgoiti propugnaba como solución a la nueva competencia un acuerdo con el resto de las compañías. Para forzarlas a ello, decidió emprender una «acción enérgica» —una reducción drástica de precios— encaminada a colocar en el mercado toda la producción de que era capaz La Papelera (5).

En enero de 1914 se firmaron los acuerdos para la creación de la Central Papelera, una sindicación de los papeles sujetos a mayor competencia, mediante la cual se repartían cupos entre los distintos fabricantes y se fijaban los precios: «es un día notable —escribió Urgoiti— si, como todo hace pensar, los convenios privados celebrados hoy tienen su confirmación en los públi-



cos. Tras cerca de veinte años de lucha industrial, los papeleros llegamos a un concierto y con ello mejoran todos y se consolida la situación preponderante de La Papelera». Efectivamente, de las 34.000 Tm de papel sindicadas, La Papelera producía 23.000, y eso se traducía en un peso decisivo a la hora de tomar decisiones.

La felicidad de Urgoiti se vio enturbiada por el inicio de la primera guerra mundial. No cabe duda de que la brutalidad de la guerra, su evolución y la apuesta decidida por los aliados, precipitó el compromiso político de Urgoiti (6). Por otro lado, a poco de iniciarse la guerra, el enrarecimiento del comercio internacional y el encarecimiento de las materias primas de las que seguía dependiendo, forzaron a la Central Papelera, a partir de un cierto momento, a repercutir dicho encarecimiento en los precios de venta. Se inició así un proceso acelerado de subida de precios, que pasaron de 42,71 ptas/Kg en diciembre de 1914, a 145,27 cuatro años más tarde. Fueron años, además, de importantes beneficios para las fábricas de papel, y, en concreto para La Papelera. Era previsible un nuevo conflicto con la prensa.

Aunque la Central Papelera justificó en todo momento el encarecimiento por la subida de precios y la escasez de materias primas importadas, sometió la fijación de las subidas a un arbitraje paritario con intervención del Estado y aseguró que gracias a la existencia de la Central la prensa española había podido disponer de papel suficiente a lo largo de los años de la conflagración mundial (7), no pudo evitar las protestas de la prensa, que abogaba por la libertad arancelaria para paliar el encarecimiento del papel.

La polémica no se zanjó hasta que el Estado intervino directamente mediante la concesión del llamado *anticipo reintegrable* (8) y, aún así, subsistió. Pues bien, dado el peso de La Papelera dentro de la Central, fue Urgoiti quien asumió la defensa de los intereses papeleros. En ese contexto hay que encuadrar la conferencia en el Ateneo antes citada. Y en ese mismo contexto hay que entender las dos iniciativas de Urgoiti: la fundación de un periódico (*El Sol*) en 1917, y de una editorial (Calpe) un año más tarde.

Ambas iniciativas coincidían en sus fines. Por un lado, sin duda, Urgoiti pensaba culminar con ellas el proceso de integración, sumándole la transformación del papel en periódicos y libros, y ampliando así el mercado: si la industria papelera

no era competitiva directamente con la extranjera, sí podía serlo a través de un producto derivado, el libro, para el que podía —y debía— conquistar el mercado americano. El periódico debía ser instrumento de defensa, no ya de los intereses papeleros, sino de los intereses de la industria y el trabajo nacionales, frente al partidismo y los intereses mezquinos de una prensa política de mala calidad y una clase política incapaz de asumir dicha tarea.

Pero no eran éstas solamente las finalidades perseguidas. Urgoiti, aplicando a la industria periodística y editorial los mismos criterios que le habían empujado a propiciar el nacimiento de La Papelera, pretendía también revolucionar el mundo de la prensa y el libro; pretendía crear un periódico y una editorial modernos, con todos los adelantos técnicos y organizativos de los europeos, y una calidad informativa, literaria, educativa y cultural sin precedentes en España. Ambos proyectos podían y debían ser, además, un negocio.

Por último, aunque no fuera éste el orden de prioridades de Urgoiti, tanto el periódico como la editorial debían contribuir decisivamente a la educación cultural y política de los españoles, proporcionando la mejor calidad literaria, científica e informativa. El Palacio del Libro que Urgoiti proyectó, y para cuya construcción en la Gran Vía se creó la Constructora Calpense, constituyó una prolongación de esta voluntad de poner al alcance del público un nuevo concepto del libro.

El periódico, cuya paternidad hay que achacar indiscutiblemente a Urgoiti, llevaba consigo, indisolublemente unido a la figura de su fundador, un programa de modernización que se pretendía desvinculado de todo partido político, pero que, indudablemente, mantuvo desde el principio una actitud profundamente crítica respecto a la política dinástica, y defensora de un liberalismo pleno e integrador que favoreciera el crecimiento económico y la pacificación social (9).

Para conseguir todo ello, Urgoiti supo dotar al periódico y a la editorial de una colaboración y un asesoramiento que encarnaron los periodistas, intelectuales, economistas y científicos más relevantes del momento, muchos de los cuales eran, además, amigos personales y mantuvieron en todo momento un enorme respeto por Urgoiti. En el Olimpo, nombre con el que se llegó a conocer su despacho en la sede de *El Sol*, se reunían a diario, en torno a Urgoiti, Félix Lorenzo —director del diario—, Ortega y muchos otros,



para intercambiar impresiones y opiniones, tanto sobre el periódico como sobre problemas de actualidad. Fue Giménez Caballero quien, en uno de los carteles que pintó en los años veinte, reflejó a la perfección la centralidad de aquella iniciativa, al dibujar el puesto preeminente dentro del panorama de la literatura española, lo que él llamó el sistema *solar* (10).

Pero tampoco aquellas dos empresas, pese a su impacto público y su innegable presencia, fueron asuntos fáciles. Urgoiti había entrado a competir directamente con la prensa que tanto había criticado; era lógico que todos atribuyeran a La Papelera la paternidad del periódico y a éste la tarea de defenderla. Por mucho cuidado que Urgoiti puso en desvincular formalmente a ambas —La Papelera no fue accionista de *El Sol* hasta 1929—, su presencia como Director General de aquella y fundador de éste lo hacía inevitable. Las actitudes críticas de *El Sol* preocupaban a los consejeros de La Papelera, quienes temían las represalias de los políticos. Sus celos se confirmaron cuando en 1920 se permitió a la prensa la libre importación de papel, coincidiendo, además, con el difícil ajuste de la industria papelera a la situación de la postguerra.

Además, tanto el periódico como la editorial atravesaron por graves dificultades económicas durante sus primeros años, consecuencia, en gran parte también, de la estrechez de sus mercados y de unas previsiones excesivamente optimistas. Estas dificultades se tradujeron en la contracción de fuertes deudas con La Papelera, lo cual contribuyó decisivamente a complicar la situación y a hacer casi insostenible la situación de Urgoiti al frente de todas ellas. En 1920 tuvo su primera depresión y en 1925 una grave enfermedad estuvo a punto de terminar con su vida.

Entre una fecha y la otra, Urgoiti hizo frente a la crisis postbélica de la industria papelera y puso en pie la Sociedad Cooperativa de Fabricantes de Papel, los Almacenes Generales y la Sociedad de Manipulados. Estas tres iniciativas, traducción de nuevos acuerdos entre los fabricantes papeleiros, no dejaron de plantearle problemas: muchas fábricas se acomodaron en los repartos del mercado y en los elevados precios iniciales, impidiendo así la mayor flexibilidad que exigían los tiempos. De todas ellas, era La Papelera Española la más perjudicada, porque era la que en mayor proporción fabricaba el papel para periódicos, el menos rentable.

No cabe duda de que, a aquellas alturas, Urgoiti estaba convencido de que, dada la posición de La Papelera Española dentro del sector, la defensa de sus intereses exigía una desvinculación de los compromisos con el resto de los fabricantes y una afirmación de su capacidad mediante la competencia abierta: «La salud y el porvenir de La Papelera ha estado antes de la guerra, y lo seguirá estando cuando, como ahora ocurre, se va a una nueva normalidad en los precios de las materias primas y de los jornales y en las necesidades del consumo, *en producir barato y vender barato*» (11).

Cuando emitió esta opinión, en 1927, Urgoiti ya había abandonado la Dirección General de La Papelera Española, y la marcha de ésta no fue por este camino. Bien al contrario, La Papelera se embarcó en un nuevo compromiso con el resto de los fabricantes —la Asociación Papelera— y aceptó el auxilio directo del Estado mediante una subvención anual. La dimisión de Urgoiti, unos años antes, provocó un acto multitudinario en el que todos los empleados y obreros de La Papelera mostraron su admiración y respeto por quien durante tanto tiempo había estado al frente de la compañía, consiguiendo hacer de ella la primera dentro del sector, y preocupándose, al mismo tiempo, de propiciar el interés y la participación en la marcha del negocio. Suyas fueron las iniciativas de crear escuelas de formación y suyo también el logro de la participación de los obreros en los beneficios desde 1919.

Al mismo tiempo que afrontaba la situación de la industria papelera, Urgoiti dedicó todos sus esfuerzos a resolver la situación de la editorial y el periódico, tareas que tuvo que asumir personalmente. Con respecto a aquella, hizo un tremendo esfuerzo de ampliación de mercado viajando a distintos países hispanoamericanos para afianzar su presencia. Fue aquél un viaje muy gratificante para Urgoiti, ya que pudo contar públicamente el enorme edificio empresarial que había construido, y contribuyó, sin duda, a abrir las puertas del mercado hispanoamericano a la producción de Calpe. Sin embargo, ni aquello ni el convencimiento de Urgoiti de que el éxito estaba asegurado a corto plazo impidieron que las protestas de los consejeros y accionistas de La Papelera le obligaran a llegar a un acuerdo de fusión con los hermanos Espasa, cuyo Diccionario venían editando desde hacía algunos años. En 1922 nació Espasa-Calpe, en unas condiciones que Urgoiti no juzgó las más favorables.



En cuanto a *El Sol*, el asunto fue más complicado porque las razones económicas se mezclaban necesariamente con las políticas. No cabe duda de que algunos consejeros de La Papelera querían imprimir un giro radical a la línea del periódico y, para ello, debían eliminar la presencia de Urgoiti. En su ataque, recurrieron al descontento que algunos accionistas manifestaban por la deuda contraída con la compañía al haber renunciado el periódico a acogerse al anticipo reintegrable. Pero, entrada la década de los veinte, *El Sol*, y más aún el vespertino *La Voz*, creado tres años después de aquél, comenzaron a arrojar beneficios y consolidaron sus primeros puestos entre la prensa diaria. Los empeños de Urgoiti de desvincular definitivamente ambas empresas no lograron triunfar. Por el contrario, los acuerdos mediante los cuales se resolvió finalmente la deuda contraída convirtieron a La Papelera, en 1929, en accionista —y mayoritaria— del periódico.

La coyuntura política hizo imposible la resolución pacífica de aquel conflicto de intereses. La Dictadura de Primo de Rivera, que había sido recibida con una actitud expectante por parte de *El Sol* (12), ya que se la consideró como la única posibilidad de dismantelar los entresijos de la vieja política monárquica, se tambaleaba. Desde que Urgoiti desembarcó definitivamente en *El Sol* al abandonar la Dirección de La Papelera en 1925, se había dedicado, no sólo a introducir mejoras técnicas, organizativas y de contenido en el periódico, sino a definir su actitud política, crítica frente a la Dictadura y favorable a una solución liberal y democrática, que se consideraba tanto más incompatible con la Monarquía cuanto ésta se empeñara en no encabezar dicha transición. La caída de Primo de Rivera y los gobiernos sucesivos de Berenguer y Aznar pusieron de manifiesto la inviabilidad de la vía adoptada. *El Sol* se alineó entre quienes reclamaron abierta y urgentemente la reposición de todos los derechos, libertades y garantías jurídicas, y la convocatoria de elecciones constituyentes, considerándolo imprescindible para mantener una situación de orden.

La ruptura con La Papelera era inevitable. No ya, como el propio Urgoiti reconocía, porque muchos de sus consejeros no cumplieran con la línea política de *El Sol*, sino porque, desde dos años antes, dependían de la subvención del Estado. La Papelera, tras negarse a vender sus acciones del periódico a Urgoiti, las vendió a un

grupo integrado por el Conde de Barbate, el Marqués de Aledo, y Ramón Solano y Manso de Zúñiga; ellos mismos acabaron adquiriendo también las acciones del propio Urgoiti. El 24 de marzo de 1931 Urgoiti se despidió solemnemente del personal de *El Sol*.

Posiblemente, Urgoiti no acusó de inmediato todo el impacto de aquel golpe. Cinco años antes había abandonado La Papelera y ahora perdía *El Sol*. Tenía más de sesenta años y, de ellos, cuarenta habían estado consagrados a una actividad frenética y crecientemente comprometida; la mayoría de ellos los había entregado a la consolidación de la industria papelera. A pesar de los años, y a pesar del indudable cansancio acumulado, su tremenda voluntad le mantuvo en pie, convencido e inmerso en la tarea de dar continuidad a aquel compromiso, en una coyuntura histórica difícil, pero preñada de posibilidades. Nada más abandonar *El Sol* nació *Crisol*, una publicación que saldría tres veces a la semana y que debía ser sustituida posteriormente por un nuevo diario, *Luz*. Urgoiti estaba convencido de que todos los que con él abandonaron *El Sol* se sumarían a la nueva empresa y que, en el nuevo orden político que se alumbraba, hallarían perfecto caldo de cultivo para aquel proyecto de modernización apuntado desde 1917.

Sin embargo, la realidad no respondió a sus expectativas. *Crisol* no fue nunca lo que había sido *El Sol*, y la República tampoco fue el régimen político ansiado. El primer momento doloroso para Urgoiti, en medio de la alegría de la pacífica proclamación de la República, fue el ver ondear la bandera republicana en la sede de *El Sol* y, poco más tarde, leer las colaboraciones de importantes líderes del nuevo régimen en las páginas de su antiguo periódico. El segundo momento se produjo al comprobar que, una vez aprobada la Constitución, no se lograba alcanzar el clima de confianza y el nivel de discusión necesarios para hacer frente a la crisis económica:

«Es preciso que los españoles no afiliados a organización alguna, pero coincidentes en que la República es la única garantía del orden público y el único medio de atajar la crisis que amenaza a la vitalidad de la Nación, presten su asistencia activa, moral y material.

Todos los ciudadanos conscientes, pero más directamente las clases que representan los intereses económicos, deben situarse al lado del intento serio de reconstrucción económica que se espera del Gobierno, y no tanto porque en toda crisis nacional habrán de ser los más perjudicados, sino por el sentimiento de su responsabilidad y de la eficacia de su cooperación (13).



Sus reflexiones sobre la crisis económica y su llamada, junto con Ortega, a la constitución de un partido nacional no hallaron eco.

Quizás entonces, frustradas las expectativas por las que tanto tiempo había luchado, Urgoiti acusó definitivamente el golpe de la pérdida de *El Sol* y, con él, de lo que había constituido el eje de su inmensa actividad. A finales de aquel año de 1931 entró en una fuerte depresión y hasta más de diez años más tarde no consiguió recuperar plenamente sus facultades. En 1944, cuando fue consciente de ello, de su puño y letra, escribió sus «últimas disposiciones en plena salud y serenidad». Terminaban:

«Mi programa político social se ha desarrollado en  
"El Sol", 1917-1931, y se resume:

Libertad y democracia en un orden que simplifique  
tanto deberes como derechos.

Intensificación y expansión de la cultura y el trabajo.

Igualdad de posibilidades para todos los nacidos.

Antimilitarismo y anticlericalismo.»

## NOTAS

(1) La recuperación del archivo de Nicolás Urgoiti, posible gracias a la ayuda inestimable de la familia, permitió una primera presentación de su figura y de algunos de sus escritos más relevantes en Soledad Carrasco, Rafael Cruz, Antonio Elorza y Mercedes Cabrera: «Las fundaciones de Nicolás María de Urgoiti: escritos y archivo», *Estudios de Historia Social*, vols. I y II, n.º 24-25, 1983, págs. 267-471. Las presentaciones allí incluidas pretendieron mostrar tanto los aspectos estrictamente biográficos como las empresas culturales, el papel de *El Sol* y la evolución de Urgoiti desde la racionalización económica a la reforma política. Muchos de los escritos que serán aquí citados se encuentran reproducidos en dicho número de *Estudios de Historia Social*.

(2) «Memoria informe del Sr. Director General facultativo», Bilbao, 7 de abril de 1903.

(3) Para una denuncia de dicha situación de monopolio hasta los años cincuenta, véase J. Velarde Fuertes: «Consideraciones sobre algunas actividades monopolísticas en el mercado papelero español», en *Sobre la decadencia económica de España*, Madrid, 1967, páginas 199-172. Las páginas de J. Velarde, recogidas por S. Roldán y J. L. García Delgado en *La formación de la sociedad capitalista en España, 1914-1920*, vol. I, Madrid, 1973, págs. 81-82, abusan quizá de las campañas de prensa lanzadas contra la industria papelera en momentos históricos diferentes.

(4) «El papel. Comunicado contestación al editorial de *El Imparcial*, de Nicolás María de Urgoiti, Director General de La Papelera», *La Correspondencia de España*, 27 de junio de 1906.

(5) Véase «La Papelera Española, 1902-1912». Memoria, reproducida en *Estudios de Historia Social*, n.º 24-25, págs. 300-313.

(6) Véase su serie de artículos «Europa a sangre y fuego», publicados en el semanario *Nuevo Mundo*, del que había llegado a ser director.

(7) La Central Papelera: «Influencia de la guerra europea en la fabricación y en el precio del papel de periódicos en España», Bilbao, 5 de noviembre de 1915, y «La guerra europea y el papel para periódicos», Madrid, 1916.

(8) En virtud de dicho anticipo, la Hacienda Pública se comprometió a adelantar a la Central Papelera el dinero suficiente como para cubrir la diferencia entre los precios de 1914 y los que fueran determinándose; esa cantidad se consideraba como un anticipo que los periódicos deberían ir devolviendo gradualmente a la Hacienda, una vez que se normalizara la situación.

(9) Para el programa del periódico, véase la «Memoria base para la fundación de un periódico diario», escrita por Urgoiti en enero de 1917, y la escritura de *El Sol*, en la que se incluye su programa político, en *Estudios de Historia Social*, n.º 24-25, págs. 351-374. Para la historia de *El Sol*, sigue constituyendo una buena guía el libro de G. Redondo: *Las empresas políticas de Ortega y Gasset*, 2 vols., Madrid, 1970.

(10) Véase la reproducción de este cartel, y del resto de la serie, en E. Giménez Caballero: «Carteles literarios», *Poesía*, n.º 26, Madrid, 1978, pág. 36.

(11) «Dictamen que hubiera dado el 27 de julio de 1927 si La Papelera Española me lo hubiera pedido con motivo de la dimisión de Heredia y la situación del mercado y relaciones con otros fabricantes de la Sociedad Cooperativa y Libres», Archivo Urgoiti, 68.5/77.

(12) Para las actitudes de *El Sol*, aunque no aparezca reconocido todo el papel desempeñado por Urgoiti, el libro más completo sigue siendo el de G. Redondo: *Las empresas políticas de Ortega y Gasset*, ya citado. También es interesante conocer la trayectoria política de Ortega; para ello, véase A. Elorza: *La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset*, Barcelona, 1984.

(13) Véase M. Cabrera y A. Elorza: «Urgoiti-Ortega: el "partido nacional" en 1931», en *La segunda república española. El primer bienio*, Madrid, 1987, págs. 233-264.